
Entrevista de Boris Rosen a Guillermo Prieto*

Boris Rosen**

Pregunta.- ¿Qué opina usted sobre su extensa y admirable obra poética?

Respuesta.- Economistas, políticos y algunas otras personas han querido usar mi título de poeta como estigma e imprimirlo en mi frente; yo en momentos tan solemnes lo acepto (el título de poeta) y me sirvo de él, declaré en mi conferencia en el Colegio de Abogados, en 1873.

P.- ¿Qué opina sobre los críticos?

R.- Los críticos son como algunos médicos, que pueden tener tranquilo su juicio y conservar fría su razón -escribí en un prólogo a la obra *Hora de tristeza* de Florencio M. del Castillo, en 1864- observando una enfermedad, mientras se retuerce de dolores la víctima y hiere los cielos con sus alaridos y angustia; pero el padre, el amigo, el conocido del doliente, ¿pueden poseer esta bárbara imparcialidad, que, sin embargo, se llama buen criterio y refinado gusto?

P.- ¿En su vejez qué opina sobre sus amigos personales y políticos de toda la vida?

R.- La sociedad de amigos ilustrados es preciosa; pero a mi edad, los afectos del alma son retrospectivos. Mis amigos de corazón, con pocas excepciones, han muerto, y en cuanto a amigos políticos hay curvas y rectas, sin que los afectos valgan un

* Leída por Vicente Quirarte como Guillermo Prieto y Carmen Carrara como Boris Rosen durante la inauguración de la muestra documental "Las Tres Guerras de Prieto. Presencia de Guillermo Prieto (1818-1897) en el centenario de su muerte". Palacio de Lecumberri, 22 de agosto de 1997.

** Investigador y compilador de las *Obras completas de Guillermo Prieto*.

comino. Encerrarse en esa especie de egolatría que así te obliga, es para mí enterrarse en una rica despensa a comer y beber bien en una plaza sitiada por hambre.

P.- ¿Qué opina del modo de ser de los indios y la forma de resolver sus problemas?

R.- Aunque acerca del modo de ser de los indios he sabido, mucho se habría avanzado con estudios sobre su propiedad, las artes a que se dedican, las plantas y yerbas que usaban para su alimentación y medicina y, sobre todo, los medios para que ingresara a la civilización esa raza que muere devorada por los vicios, por la barbarie y nuestro abandono. Toda esa escuela materialista ha proclamado que los indios deben perecer y que son refractarios a la civilización. A mí me parece que la grande obra de regeneración social deberá comenzar primeramente de abajo para arriba, es decir rehabilitando al indio, alentando el trabajo y dando entrada a Dios en las escuelas. En cuanto al estudio de los indios tengo como comenzado algo, pero las dificultades que acarrea la mala vista, arrastran con los embarazos del dictado porque nunca había escrito sino de mi mano mis producciones.

P.- ¿Cómo y quién le ha patrocinado los gastos de su obra publicada, como por ejemplo, sus *Lecciones de Historia Patria*?

R.- El gobierno me dio la impresión, pero gastos de papel, encuadernación, expres, portes, etcétera, me tienen sumido en muy serios compromisos, temiendo que el desprecio pague mis afanes y castigue mis pretensiones, pues hasta ahora de cinco gobernadores a quienes he pedido ayuda de diez o quince ejemplares, sólo me ha contestado el de Querétaro.

P.- ¿Qué obras ha leído y quiénes son sus autores preferidos?

R.- No sé latín aunque tengo pasión por los latinos que he leído con asiduidad, pero traducidos. ¡Oh, es verosímil mi torpeza para la lengua de Cicerón y de Horacio y los conozco bien, porque mi maestro me los traducía y explicaba maravillosamente. Soy tan bruto y tan negado que no entiendo ni una receta ni nada, no obstante que conozco, en francés, castellano e italiano, a poetas y escritores latinos de quienes soy extraordinariamente apasionado.

P.- En el ocaso de su vida ¿qué opina sobre la religión?

R.- Qué bueno que me hace esta pregunta, porque gran parte de los mexicanos creen que el movimiento de la Reforma fue un movimiento ateo, dirigido contra la religión católica. Falso de todas las falsedades. Francisco Zarco declaró en el Congreso Constituyente que es católico practicante, y en el debate sobre los derechos ciudadanos del clero, en 1868, declaraba que “hay en las Leyes de Reforma algunas cosas que no son sino transitorias; armas de partido de que debíamos echar mano para abatir al clero que hace diez años estaba poderoso, pero estas disposiciones deben desaparecer. La ley que prohíbe las procesiones es una de ellas”. Yo, por mi parte fui el más religioso de todos los liberales, puros o moderados. Yo soy ante todo adorador de un Dios de amor y de bondad, soy cristiano hasta las cachas

(prueba de ello son las treinta y un poesías religiosas que están incluidas en el tomo XIX de las *Obras Completas*); pero en cuanto a los que hacen mundanal la religión, trafican y cubren picardías a título de cristianos (que se dicen a sí), malos mexicanos, gachupinados, extranjerados y traidores me derraman la bilis, los detesto. ¿Le satisface mi respuesta?, si no, puedo mencionarle más ejemplos de religiosidad.

R.- Me satisface su respuesta y espero que satisfará también a mis lectores.

P.- ¿Qué opina usted sobre la pena de muerte?

R.- Soy costumbrista, poeta inspirado por la Musa Callejera, cronista, periodista y otras cosas, pero antes que nada y sobre todo soy humanista, y perdón por mi falsa modestia, considero y con gran honor que fui el humanista mexicano del siglo XIX y por eso, principalmente, me han respetado y querido tanto. Siendo humanista, ¿cómo podía ser partidario de esa barbarie que se llama pena de muerte? En junio de 1891 me encargué de la defensa de un tal Luis Izaguirre, sin haber estudiado yo nunca derecho. Como era de esperarse mi cliente fue condenado a muerte y yo por el coraje caí enfermo por varios días. A mi querido amigo Diego Rivera de Sanromán, distinguido cura de los altos de Jalisco a quien durante mis últimos diez años de vida escribí más de cien cartas, informé sobre el asunto diciéndole: “Estos tigres de la jurisprudencia son mi condenación. Estos implacables del derecho que lo vuelven férreo contra quien tienen debajo, me asquean, y a esos hombres que aman la sangre les tengo horror”.

P.- ¿Qué opina usted sobre su actuación en el actual Congreso de la Unión?

R.- ¿Qué quiere que le diga? Entre nos (no lo vaya usted a publicar en su periódico), todos nos rajamos y yo el primero que no levanto en el Congreso mi voz contra mucho que me disgusta por mi miedo al hambre de mis hijos.

P.- ¿Qué opina usted sobre el ocio en la tercera edad?

R.- Seré breve en mi respuesta: El ocio me parece a mí el peor de todos los males. Tengo la máxima que para un viejo más vale mal acompañado que solo. Si falta a la vida su grande atractivo de procurar el bien como lo concibo, más vale morir. Los que sentimos simpatía por los infelices tenemos mucho que hacer.

P.- ¿Cómo anda usted ahora de salud? ¿Cómo cura sus achaques y enfermedades? Muchos de sus críticos y enemigos insistieron en que usted toda la vida exageraba sobre sus achaques dramatizándolos.

R.- Bueno, ¿qué esperaba usted de mis enemigos? Son mentiras, puras mentiras. Hace cuarenta años padezco dispepsia; la pobreza, los desórdenes personales, el estudio, las prisiones, etcétera, la exacerbaron a un punto que degeneró en dispepsia pútrida, en cólicos mortales y en un estado conturgente y predispuesto a los varios ataques de la falta de digestión.

Joven, me burlaba de los ataques de la dispepsia: comía, bebía, disponía y volvía a mis excesos de gula, sin haber perdido jamás la cabeza. Pero de más de veinte años a la fecha, acobardado por tercios ataques, la grasa me daña, los vinos y licores me

acedan, los líquidos en general me ponen a la muerte, el dulce me agría, los enfriamientos atmosféricos me orillan a dolores y sufrimientos indecibles. ¡Admírese!, mi mejoría sería corregir mis ácidos y hacerme potable la leche. Ningún médico sale de la rutina del carbonato a la nuez vómica y de ésta a los alcalinos, o a los purgantes. Jugo de carne, arroz, carne a la parrilla, café, y esto a mañana, tarde y noche, sin que cambie en nada esta vida que me aleja del mundo y me sujeta a mil privaciones. Le han dado mil nombres a la enfermedad, sin adelantar los sabios a la primera vieja que me dijo: falta de digestión.

P.- ¿Cuál es el intelectual mexicano y liberal de su preferencia?

R.- Son varios. En este momento sólo le mencionaré a uno: José María Iglesias. Sin vacilación se le debe colocar en lugar muy prominente por sus virtudes, por sus talentos y asombrosa erudición. Si Iglesias no fuera retraído, ni modesto hasta el recogimiento y la misantropía, sería el hombre más notable de México en las letras.

P.- ¿En qué ocupa diariamente su tiempo?

R.- Me levanto a las cuatro o cuatro y media; me desayuno y me dedico a una de estas obras que tengo pendientes: *Mis memorias*, que alcanzan desde 1828 hasta 1872; *El romancero de la Reforma*, *Estudio de Economía Política*, *Causas y remedios de la miseria* (trabajo que nunca terminé ni se publicó), y la corrección, ediciones, etcétera, de mi *Historia Patria*. Para descanso hago romancitos en el preciso tiempo que preparan el desayuno. Ocupo en cualquiera de las obras dos horas y sigo con la correspondencia y la charla con Manuel, mi hijo. A las nueve voy a México a charlar con mis amigos, o a la biblioteca, y vuelvo a comer a las dos con mis hijos Manuel y Guillermo y Emilia, mi esposa, que es una santa que me vela, me guisa, me cura y ha profesado de viejo como otras de monja. Mis hijitos Guillermo y María son encantadores. A mí me lee mi esposa, por fallarme la vista y escribo a tientas comiéndome palabras y tachando borrones.

P.- ¿Qué me dice de sus penurias económicas? ¿Es cierto que murió usted en la miseria más espantosa?

R.- Sí, durante mi larga vida he tenido momentos en que me encontré prácticamente en la calle, en la pobreza más absoluta. Sería ocupar mucho tiempo en enumerarle todas las situaciones de penuria que he pasado. Recuerdo una. Cuando renuncié a la Administración General de Correo, en 1863, le escribí a mi amigo Manuel Doblado, gobernador de Guanajuato: Triste y muy triste es hallarse a los 44 años en la calle, con mil odios, cuando la reputación de ladrón y frente un ocaso de miseria y decepción, cuando se anhela la paz, cuando hay hastío de todo y de todos; cuando la queja misma puede interpretarse como un recurso mañoso de pedir recursos, no como desahogo de un corazón despedazado por los desengaños y los sinsabores. En mi testamento se advierte que no he muerto en la miseria, como muchos han creído, sino que dejé a mis hijos en herencia algunos bienes que fueron escasos.

P.- Y ¿qué dice de su biografía?

R.- Ocuparía mucho tiempo para contársela, pero para no dejar de contestar a su pregunta le leeré un poema autobiográfico que no sé cómo cayó el manuscrito en manos de Armando María Campos, el crítico de teatro y periodista, quien lo leyó en su conferencia en el Club de Periodistas, en 1962. Dice así:

Nací el año de dieciocho,
según dicen malas lenguas,
al retirarse las nieves
y en la furia de la seca.

Formaba extraños contrastes
mi confusa parentela,
por una parte rancheros
más crizos que la cerda;
por otra, próceres altos
de calzón corto y coleta.

Mandaba la Nueva España
por un extremo Novella
y por la otra el hervidero
de Guerrero y la Insurgencia,
así es que ha sido mi vida
un perpetuo viceversa
de crecientes y menguantes,
de posiciones a medias,
de cuasis, de verbigracias
y de nada a las derechas.

Pasé mi infancia en los campos
en medio de la riqueza,
y fui prodigio en los saltos,
espanto en las machincuepas,
en la pelota un asombro
y en las maromas preseas.

Enseñáronme mis primas
de amor las primeras letras
y fui tan aprovechado
que dejé nombre en la escuela,
y no por mis adelantos,
por mis constantes peleas.
La horfandad me hirió alévosa
y me ultrajó la miseria.

En la política ingrata
arrojéme de cabeza
y unas veces en su sima
otras en su cumbre excelsa
visité obscuras prisiones,
gocé contentos y fiestas;
después de perderlo todo
me hallé sin una peseta,
no aludo a mis cualidades,
a las malas ni a las buenas,
porque éstas con cultivarlas
me dan rica recompensa.

Las otras dejen que corran
sin contradicción ni rienda,
que fuera robar el pasto
a las enemigas lenguas*.

Después del homenaje que le rindió la intelectualidad mexicana en la tarde del nueve de noviembre de 1890, escribiría:

* CAMPOS, Armando María, *Silveta política de Guillermo Prieto*, México, Ed. Costa/Amic, 1962, pp. 12-13. El manuscrito fue encontrado por el autor y fue de su propiedad.

Hoy viejo y desengañado
de la mundanal comedia
me ocupan más que el renombre
los dolores de mis piernas;
más mis cólicos frecuentes
que las humanas riquezas,

y más el arroz y el pollo
y mi amada cocinera,
que las beldades olímpicas
que el alto quirio embelesan...
y aquí concluyo señores
con un etcétera, etcétera...

En el homenaje que la intelectualidad mexicana me rindió con motivo de haber ganado el título del poeta más popular de México, leí este otro verso autobiográfico.

P.- Me gustaría hacerle algunas otras preguntas, pero veo que le estoy cansando y abusando de su generosidad. Así que “ay” va la última: En el ocaso de su vida, ¿cuál es el balance definitivo sobre su multifacética actividad durante más de sesenta años?, ¿positivo o negativo?

R.- Negativo. Yo creí que recordar las glorias de la Patria, ensalzar a sus héroes ejemplares e inspirar amor al engrandecimiento de la tierra en que nacimos, sería un atractivo para los buenos mexicanos; pero me he pegado chasco y tenido cruel castigo mi necia vanidad... En realidad no tenemos Patria. Los gachupines son dueños de la riqueza territorial del país y con los sentimientos de la Colonia leales a su rey; los ricos de la Revolución son europeos, la mayor parte de los clérigos es de Roma. Los indios son de nadie, los empleados son del que les paga, y hay unos cuantos locos parcos que no tienen una peseta libre para comprar un libro. Balance triste y decepcionante, ¿verdad? Yo he dicho en alguna ocasión que nosotros los liberales sabemos cómo empezar nuestros proyectos, pero no sabemos cómo terminarlos. Fuimos los liberales los iniciadores del proyecto liberal para construir un México moderno, democrático, republicano e independiente. Toca a las futuras generaciones, a la juventud, continuarlo y terminarlo. Así lo espero.